

□ 17/07/2014

□



TESTIMONIOS - Como enfermera, propuse mis servicios de voluntariado al enfermero jefe del Puesto de Salud Pública, y me confió el cuidado a las madres, las visitas pre-natales así como los partos y la nutrición. Trabajo con una matrona de Mauritania. Cada mes tratamos a unas 60 mujeres y se da una media de 15 a 20 partos. El gran problema es el matrimonio temprano con embarazos muy seguidos. Las madres están cansadas, más bien agotadas, los niños destetados a los 12 meses sin otra nutrición apropiada. Me gusta este trabajo: acompañar las mamás a recibir su recién nacido, un ser tan frágil en mis manos, ¡un prodigio siempre nuevo! ¡Qué emoción al oír el primer llanto del bebé y ver la acogedora sonrisa de la madre que ya ha olvidado los dolores del parto! En ese momento, espontáneamente se eleva la acción de gracias desde el corazón.

Estoy insertada en un pueblo completamente musulmán, me encanta esta misión tan franciscana. Estar presente, de manera sencilla e insignificante, “levadura en la masa”, dando testimonio del amor y la ternura de Dios por todo hombre sea quien fuere. Estoy con otras tres hermanas: libanesa, congoleña, senegalesa y, en un radio de cientos de kilómetros, somos la única presencia cristiana. Es cierto que el aislamiento se siente más cuando llegan las grandes fiestas: celebración del triduo Pascual, la Misa de Navidad sólo para seis o siete personas...

Pequeña porción de la Iglesia, confiamos al Señor este pueblo, con sus alegrías y preocupaciones. Dentro de nosotras habita este inmenso deseo de que, también ellos, un día tengan la gracia de conocerlo.

Hilda Graber, fmm

Fuente: FMM